

Homenaje a José María Caballero

FERNANDO EGUREN*

Tratando de organizar mis ideas para este homenaje, rebuscando entre mis libros, encontré uno que ya lo daba por perdido, uno de los primeros de José María publicado por el IEP en febrero de 1980, titulado *Agricultura, reforma agraria y pobreza rural*. Al abrirlo me encontré con la dedicatoria que me hizo al obsequiármelo, que dice así:

«A Fernando, camarada y amigo de muchos años y muchas luchas, con un abrazo lleno de cariño.
José María»



Y es así como quiero recordarlo en esta ocasión, como camarada y amigo de muchos años y muchas luchas, hasta que nos dejó, con un abrazo lleno de cariño.

José María llegó a Lima en los primeros años del gobierno de Velasco, no sé exactamente si a fines de 1969 o comienzos de 1970. La primera vez que lo vi estaba dando una charla a un numeroso grupo de funcionarios públicos, anonadados por los rápidos y radicales cambios de un gobierno —el de Velasco— que, por su origen y conformación debía ser represivo y derechista, como en Argentina, Chile y Brasil, pero resultaba sorprendentemente reformista, radicalmente reformista. Les explicaba qué era eso de la reforma agraria y qué era una cooperativa agraria, pues el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada, que así se llamaba, había decidido que las haciendas no solo debían ser expropiadas, sino además deberían ser entregadas a sus trabajadores en forma de cooperativas de producción. Pero no muchos funcionarios sabían qué era una cooperativa, a pesar de que eran ellos los encargados de organizarlas. Por eso necesitaban informarse.

* Sociólogo, presidente del Centro Peruano de Estudios Sociales y director de la revista *Debate Agrario*.

Un español que residía varios años en el Perú, amigo de la infancia de José María, lo entusiasmó para que deje el Madrid franquista y venga a esta tierra en donde estaban ocurriendo experimentos inéditos e interesantes. Es así como José María abandonó España. Economista con un posgrado en la universidad de Essex, con su esposa Cinzia y sus dos hijos, Rodrigo y Tulia, llegó a instalarse en la Residencial San Felipe y enseñar sobre el significado de la reforma agraria y del cooperativismo a los funcionarios que habían sido arrancados de su rutina para meterse en una aventura atrevida y riesgosa.



Como ya dije, lo conocí en marzo de 1970. José María era profesor del Centro Nacional de Capacitación e Investigación para la Reforma Agraria (Cencira), y yo ingresaba recién a la Oficina Nacional de Desarrollo Cooperativo, entidad también directamente vinculada a la reforma agraria, en donde empecé a trabajar luego de siete años de ausencia del Perú, extrañado de cómo es que un grupo de militares se había enfrentado a los intocables terratenientes.

También aterricé con mi familia en la Residencial San Felipe, así que además de ser colegas en el trabajo, éramos vecinos.

En la década de 1960, así como lo fuera en la segunda mitad de los años sesenta, el clima social en el mundo era radicalmente diferente que el actual. Las generaciones jóvenes de Europa, de Norteamérica y de nuestra región estábamos convencidos de que el mundo podía ser cambiado hacia uno más justo gracias a la acción colectiva. Los intelectuales radicales y los sectores populares del campo y la ciudad se acercaron como nunca sucedería después, y los flamantes partidos de una izquierda nueva fueron las bisagras de este acercamiento a veces simbiótico. Como tantos otros, José María y yo participamos de este proceso que ha sido de los más densos, gratificantes y llenos de sentido que nos ha tocado vivir y estoy seguro que en esta apreciación estaríamos de acuerdo.

La reforma agraria, una de cuyas causas fue el intenso movimiento campesino de comienzos de los años sesenta, estimuló a su vez este movimiento. Los reclamos por la radicalización de la reforma agraria, por su aceleración, para que no haya excepciones en beneficio de terratenientes envarados, por evitar la descapitalización de las empresas que habían sido expropiadas, todos estos eran motivos para que sindicatos y federaciones campesinas se agitasen. Y ocurrió que estas organizaciones, que al comienzo actuaban aisladas —la de Huaral, la de Huaura, la del Santa, la de Requena, la de Cajamarca, la de

Andahuaylas, la del Cusco, la de Puno—, cada una por su cuenta, fueron articulándose gracias a las nuevas organizaciones políticas, para formar redes regionales y nacionales, con una consistencia que no se ha vuelto a ver. Es en este contexto que la Confederación Campesina del Perú, que había sido creada en 1948, pero que en los años sesenta se había convertido en una capilla sectaria, se reinventa y llega a cumplir un papel importante en la orientación del movimiento campesino y en la democratización de la sociedad rural.

Y ocurrió asimismo que se avivaron los debates teóricos y políticos acerca de la naturaleza del problema agrario, de cuán capitalista o cuán semifeudal era la sociedad rural de la costa y de la sierra; de cuáles eran los problemas y contradicciones que había que resolver. Esas discusiones aparecían como importantes, pues de las caracterizaciones sobre la sociedad rural dependía en buena parte las orientaciones políticas: qué actitud tomar frente a la reforma agraria, cuán radical debía ser la oposición al gobierno militar, cuál debería ser el resultado de la reforma, qué papel les correspondía a los campesinos y a los asalariados, cuáles debían ser los términos de alianzas con los sectores populares urbanos en la perspectiva de cambios aún mayores; en fin, también, qué lugar le correspondía a la reforma agraria en el marco de la gran transformación que el país requería. Inevitablemente estas discusiones se alimentaban de la literatura y experiencias internacionales. Todo este conjunto de hechos y circunstancias resultaba en un clima intelectualmente estimulante y hasta cierto punto cosmopolita.

Una persona inquieta, generosa, reflexiva y al mismo tiempo apasionada como José María no podía, ante tamaño escenario, limitarse al papel de profesor en Cencira. La célula partidaria a la que yo pertenecía (Círculo de Estudios Atusparia), de Vanguardia Revolucionaria, muy cercana a las organizaciones campesinas, acordó invitarlo a incorporarse a ella. No fue necesario convencerlo: nos pareció que lo estaba esperando.

Casi olvidaba decir que los partidos de izquierda no eran legales, y debíamos actuar en la clandestinidad.

El responsable de nuestra célula era César Benavides, ilustre profesor de la Universidad Agraria, gran personalidad, profundamente honesto y entregado al compromiso político, inteligente y culto. Surgió la iniciativa de sacar una revista, cosa que hicimos en 1971.

En *Cuadernos Agrarios* —así se llamó— César Benavides, con el seudónimo de Ramón Zaldívar, escribió el primer intento de dar una visión y una interpretación global de la reforma agraria peruana («Elementos para un enfoque general de la reforma agraria»). Luego el artículo sería traducido por un profesor de la Universidad de Cambridge y publicado en una revista académica inglesa, lo cual dice mucho de su calidad.

Dio la casualidad que Ramón Zaldívar, nombre escogido al azar, resultó ser un funcionario del Ministerio de Agricultura, a quien le cayeron duras reprimendas por haber tenido la osadía de escribir y difundir una visión crítica de la reforma agraria. Enterado del aprieto en el que involuntariamente había metido al funcionario, le prometió por teléfono, siempre guardando el anonimato, que en el segundo número de *Cuadernos Agrarios* se aclararía la confusión. Lamentablemente, nunca hubo un segundo número.



El segundo artículo era de José María, con el seudónimo de Javier Gastón («Reforma agraria y conducción militar: sobre el significado del sistema de asesoramiento y fiscalización de la reforma agraria»), en el que criticaba «la escalada de manipulación y control que el Gobierno Militar está imponiendo a los campesinos y obreros del campo con motivo de la reforma agraria». Posiblemente este era el primer escrito de José María en el Perú (fuera de los textos que pudo haber hecho para Cencira).

Completaba el número la reseña de una revista, *Campesino*, firmada por Enrique Alcides y Gustavo Alonso, un servidor.

La intensidad de congresos campesinos provinciales y regionales dio una oportunidad para que José María plasmase en propuestas de mociones y en atinadas intervenciones, muy apreciadas por las organizaciones, su rápida comprensión de los problemas agrarios peruanos. Los dirigentes históricos de la CCP guardan un buen recuerdo de este compañero español.

A mediados de los años setenta los gremios vinculados a la producción de algodón le pidieron a José María la realización de un estudio sobre cómo, a través de instrumentos de política, eran explotados por la industria textil y de hilados. Si querían exportar directamente la fibra, debían pagar un impuesto, y recibían menos de ochenta centavos por cada dólar; los textileros, en cambio, recibían un certificado de exportación —el CERTEX— que hacía que por cada dólar exportado recibiesen cerca de 1,20 dólares. El estudio mostraba la disposición del Gobierno Militar a sacrificar a los productores agrarios en beneficio de la industria.

José María siempre fue aficionado al cine. Los días jueves —días de estreno—, era día de cine. A menudo íbamos juntos, con nuestras parejas. Mantuvo esta costumbre aun en los días en que vivía obsesionado escribiendo su gran libro, *Economía agraria de la sierra peruana*.

Pero durante varios meses hubo otro día sagrado: los viajes vespertinos a Huaura y Sayán los días sábados. Resulta que recibimos la directiva de que había que fortalecer la presencia del partido en el norte chico. La presencia en Huaral y Huacho estaba ya suficientemente consolidada; había ahora que ir un poco más al norte. Él y yo salíamos religiosamente los sábados a las cinco de la tarde, en su vetusto Volkswagen verde, hasta Huaura, en donde nos reuníamos con un pequeño grupo de campesinos con quienes analizábamos las contradicciones principales y secundarias, las antagónicas y las no antagónicas, y la necesidad de profundos cambios que la reforma agraria no hacía sino analizar. Las reuniones duraban hasta las diez u once de la noche, cuando nuestros interlocutores, que habían hecho ocho o más horas de trabajo físico intenso, no podían evitar dormirse. De regreso llegábamos a nuestras casas ya oscuras y en silencio.

En 1977 tuvo lugar el gran paro nacional, que fuera el comienzo del fin del gobierno militar. Paralizó todo el país, al igual los empresarios que los trabajadores, los progresistas y los conservadores. El partido necesitaba estar informado de cómo iba el paro en Lima, y también en provincias. Nuestra célula quedó encargada de montar un sistema nacional de información, en realidad, un sistema de inteligencia. No recuerdo los pormenores, pero lo hicimos de manera muy eficiente. Además, como yo me movilizaba en moto, quedamos encargados José María, como copiloto, y yo de recorrer algunas zonas industriales de Lima para luego informar qué estaba ocurriendo, si el paro había sido o no un éxito. Al año siguiente hubo otro paro nacional, no tan contundente como el primero, pero aun así bastante importante. Yo estaba en el extranjero por varios meses, y le había dejado la moto a José María. Resulta que —esto me lo contó algunos años después— la policía lo detuvo, pero en lugar de ingresarlo a alguna comisaría, solo ingresaron la moto. Nunca falta que algún conocido de algún conocido tenga un conocido con influencia, de manera que mi moto fue liberada.

Ya en la FAO en Roma, en los años ochenta y después, tuve la oportunidad varias veces de ser huésped en su departamento, en el último piso de un edificio, con una terraza modesta pero que en Roma resultaba espectacular. Siempre fue un amigo cariñoso, y un excelente cocinero.

Con Cinzia compraron una casa de campo casi derruida en una zona montañosa, y con sus manos arregló paredes, colocó pisos y vigas e instaló baños. Tuve la oportunidad de conocerla años después, cuando José María había dejado Roma y trabajaba para el Banco Mundial en México. Una belleza de casa en un paisaje inenarrable. El jardín parecía suspendido de una montaña y los atardeceres eran fantásticos. Muchas veces imaginé a José María tocando allí la flauta, instrumento que aprendió durante largo tiempo con paciencia y tesón. Pero debo confesar que era mucho mejor economista que flautista.

Pasó varias veces por Lima y siempre nos encontrábamos. En el Centro Peruano de Estudios Sociales (CEPES), contribuyó al diseño y asesoró una investigación sobre rentabilidad de la agricultura costeña en el año 2001. Con todo lo amigo que era, cuando se trataba de una investigación era sumamente metódico y exigente, a la par que creativo y profundo.

Hace tres años recibí una llamada de Madrid. Era José María. Te llamo, me dijo, porque siento que a mis amigos debo decirles que estoy enfermo; me han detectado un cáncer. No me lo dijo con un tono lastimero, sino con la actitud de quien se enfrenta a un desafío importante que puede superarse si uno le pone el empeño y la voluntad requerida. Y así ha sido como enfrentó la enfermedad que, al final, pudo más que él.

Pasamos juntos con Estela y María Luisa y algunos otros amigos el año nuevo 2008-2009 en Río, en donde se había instalado permanentemente luego de su jubilación. En José María la alegría de vivir fue algo siempre muy manifiesto y la transmitía a quienes estaban cerca. Fueron diez días de paseos, caminatas, conversaciones y exploraciones que nos hicieron olvidar a todos el lento pero seguro avance del cáncer.

Nuevamente lo visité en Río en noviembre del año pasado. Acababa de salir de una delicada operación de un problema vinculado a su enfermedad. Al verlo por primera vez me sentí impactado por su delgadez. Los estragos de la enfermedad eran esta vez absolutamente visibles. Aun así, no perdió la sonrisa que siempre lo acompañaba. Durante un par de días conversamos y paseamos por la playa.

En abril último, mientras trataba de comunicarme vía Skype con uno de mis hijos que vive fuera, apareció súbitamente en pantalla José María. Había visto que yo estaba conectado, y él estaba en esos momentos en la clínica con su *laptop*, luego de otra intervención médica delicada, esperando que Estela lo lleve de regreso a su departamento. Estuvimos conversando más de una hora sobre diversos temas, incluyendo el de su enfermedad. Estaba optimista pues había iniciado un tratamiento con unas nuevas pastillas que parecía que estaban teniendo un efecto positivo. No fue así. El primero de mayo, día de los trabajadores, José María nos dejó.

Ya no estará más entre nosotros y, sin embargo, seguirá siempre presente, por sus virtudes intelectuales y profesionales, pero sobre todo por su inmensa calidad como persona, por su cariño y su amplia sonrisa, por su calidad de padre y compañero amoroso, por ser el mejor amigo de sus amigos.